

# El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.



# ANUNCIOS.

## El Montero de Extremadura.

CÍRCULO DE CAZADORES.  
COMIDAS, CAFÉS Y HELADOS.  
**PLAZA.**

## Gran Bazar de Armas de Fuego.

MANUEL ARRIETA LIZARDI.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.

Gran surtido de armas de fuego de todas clases y precios.

## Manuel Rodríguez.

Obispo y Arco, 3.—MÉRIDA.

Para-rayos, teléfonos, timbres, aparatos electro-medicinales é instalaciones eléctricas de todas clases.

También ofrezco al público un inmenso surtido en anzuelos para lobos y zorras; cepos para estos mismos animales, garduñas, tejones, etc., para águilas, halcones y azores, y franceses, llamados de llave, para cazar topes, ratas de agua, lagartos y culebras.

## Destrucción de los Animales Dañinos.

Obra de gran utilidad para dueños de cotos, ganaderos, agricultores y toda persona que tenga intereses en el campo, escrita por D. Manuel Rodríguez y Ramas (*Lupus*).

Se vende en la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO, á 1 peseta para los suscriptores y 1'25 para los que no lo son.

Se arrienda una casa en total ó por habitaciones sueltas situada en la calle de San Juan de Dios, núm. 4.

Asimismo un corral espacioso con tinaos y cuadra, situado en El Rastro.

Para informes de uno y otro arriendo darán razón en la Plaza de la Constitución, núm. 28.

## SE VENDEN

libros antiguos pertenecientes á una biblioteca eclesiástica, entre ellos una edición completa de La Biblia en latín y castellano, que consta de 15 tomos el antiguo testamento y 4 el nuevo, lujosamente encuadernados y traducida de la Vulgata Latina por el P. Scio de San Miguel.

También hay Historias eclesiásticas, libros de sermones, vidas de santos, año cristiano, breviarios, etc.

En la Administración de este periódico darán razón.

## L'UNION.

COMPANÍA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Á PRIMA FIJA  
FUNDADA EN 1828,

RECONOCIDA EN ESPAÑA POR REAL ORDEN.

Capital social. . .	10.000,000	} pesetas.
Reservas. . . . .	79.295,157	
Total. . . . .	89.295,157	

AGENTE EN MÉRIDA:

**Francisco Toribio Macías.**

PUENTE, 14.

## CONFITERÍA

DE

MANUEL GUTIERREZ.

PLAZA. 13.

Este acreditado establecimiento, el más antiguo de la provincia, pues cuenta 74 años de existencia, sigue sirviendo como siempre á su numerosa clientela á precios económicos.

## Á LOS CAZADORES.

En la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO se ha recibido un grande y variado surtido en cartuchos de las mejores marcas y varios calibres sistemas Lefauchaux y Central, tacos superiores de cartón, fieltro, grasos é impermeables, cananas, cintos de caza, polainas, bolsas para cartuchos, chalecos con bolsas y tres bolsillos, porta-escopetas, porta-mantas, reclamos de perdiz y codorniz, collares para perros, vasos de campo con estuche, etc.

Todos estos artículos se venden en comisión á los precios de fábrica.

Además se reciben toda clase de encargos en armas y efectos de caza, siendo de cuenta de esta Administración su transporte hasta el punto que designen, si así lo desean los que utilicen nuestros servicios.

No olvidar que vendemos en comisión sin ganancia alguna.

Administración, Obispo y Arco, núm. 2.—MÉRIDA.

## FILATELIA.

Compra y venta de toda clase de sellos españoles y extranjeros.

Se compran sellos españoles de los años 50, 51, 52, 53 y 54 á precios elevadísimos. Para dar precios hay que indicar color, época de emisión, valor y estado de conservación, así como cantidad de ellos.

Es conveniente enviar muestras.

**H. Rodríguez**

Obispo y Arco, 3. — MÉRIDA.



ADMINISTRACIÓN.

OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

**EL MONTERO**

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

**EXTREMEÑO**

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

**Crónica de caza y pesca.****Al Sr. D. Manuel Rodríguez (Lupus).**

A usted, amigo mío, que ha escrito una interesante obra titulada *Destrucción de los animales dañinos*, la primera que de tal materia se ha dado á la estampa en España, tengo el gusto de dedicarle la presente reseña de una expedición contra esos animales demasiado abundantes en nuestro país, merced á la incuria é ignorancia de los que tienen intereses en el campo.

La dehesa de S. Polo, además de ser una bonita finca de recreo, sería sin duda alguna un hermoso coto de conejos, si no fuera porque lindando con ella están las escabrosísimas sierras de Carretas y Trampales, que son la vivienda de una multitud de alimañas durante el día. Como el calor ha vuelto de una manera intensa y pertináz, no hemos podido verificar más que caerías de escasa importancia, y deseosos siempre de hallar lances interesantes, se nos ocurrió organizar una excursión contra las alimañas que en dichas sierras se albergan.

Nos reunimos D. Antonio Montero, mi primo Juan S. Ocaña y yo. Escogí de la recoba de mi padre los cuatro perros que se distinguen por su odio á las alimañas, y cuyos nombres son Bailén, Tato, Capitán y Turco, á los cuales unimos la Tula y el Clarín de Montero, y el día 16 por la tarde nos dirigimos á S. Polo.

Llegamos sin que ocurriera nada digno de mención en el camino, cenamos, encerramos los perros, y nosotros, guiados por el guarda Tomás, nos encaminamos á tapar las dos zorreras más grandes que había en la sierra de Carretas y una de la de Trampales, operación que duró desde las ocho y media hasta las tres de la madrugada, en que regresamos al cortijo.

Dormimos tres horas, y á las seis soltamos los perros, cojimos las escopetas y empezamos á subir la escarpada sierra de Carretas.

Los perros, deseosos de cazar, salieron corriendo por aquellos vericuetos. El guarda Tomás se colocó en un enorme canchal, que era

una gran zorrera, con el especial encargo de no dejar entrar ninguna alimaña de las que tal cosa pretendieran; mi primo se colocó en otra y Montero y yo nos encaminamos á saltar aquella enorme serie de peñascos que parecía interminable.

Al poco tiempo el ronco latido del *Bailén* llamó nuestra atención, y Antonio y yo como por un resorte nos detuvimos. Un tumultuoso tropel bajaba por la sierra, cuando á unos cincuenta pasos de mí ví una gran zorra seguida de la jauría. Disparé, y á los pocos minutos los latidos cesaron y comenzaron á *ladrar de parado*. Nos acercamos al sitio, y entre Montero y yo sacamos de una *recancho* una gran zorra con la pata izquierda rota por el tiro mío.

Allí me acordé de usted, Sr. Lupus, más que nada por la expedición que con su perra Chata verificó usted á la sierra del Moro, y dije: ¡Cuánto gozaría hoy con la destrucción de estos animales!!

Seguimos cazando, y sin oír más latidos sonaron tres tiros hacia donde estaban mis compañeros, cuando entre los piés se arranca un gato montés á Montero que le hizo morder el polvo de un certero disparo.

Hacía media hora que había sonado el último disparo, los perros no latían, el calor era sofocante, y determinamos hacer vibrar el aire de la bocina para reunirnos todos y descansar.

A los pocos minutos se nos presentó Tomás y nos dijo había tirado dos zorras y no las había pegado, y poco después el intrépido Juan con un lince á cuestras. Estuvimos comiendo, y por la tarde cazamos la otra sierra, tirándose seis zorras y un gato, cobrándose cuatro y el felino.

En resumen: Muchísimo calor, muchas peripecias, los perros buenísimos, sabresaliendo *Bailén*, las escopetas certeras, excepto Tomás que no mató nada. Se cobraron cinco zorras, dos gatos y un lince. Hemos quedado satisfechísimos, y es muy probable que verifiquemos otra de la misma índole.

Sabe usted es su afectísimo s. s.

PEDRO S. OCAÑA Y ACEDO-RICO.



No mucho, pero algo puedo ya referir de caza mayor.

Dos cazadores de Mirandilla se hallaban acechando á un gran jabalí que acudía á las viñas. A la hora de costumbre se presentó el animal, que era grandísimo, á pocos pasos de uno de los cazadores, quien, por estorbarle para apuntar las ramas del olivo que lo cubría, disparó sin afinar y lo erró. A la huida el compañero le soltó un balazo, echándolo á rodar; pero levantándose emprendió la huida. En cuanto amaneció siguieron el rastro de sangre hasta lo alto de la sierra, en donde lo perdieron. Buscaron en todos los charcos y fuentes de las inmediaciones, sin hallarlo.

Dos días después, á la puesta del sol, se encontraba otro cazador de acecho á las liebres en la fuente del Gamo, cuando vió venir cojeando á un grandísimo jabalí. Metió una bala á su escopeta, y cuando aquel se puso á tiro, disparó dejándolo muerto. Era el herido dos noches antes, que á pesar de haber perdido muchas carnes, tuvo aún nueve arrobas.

Los cazadores de Alcuescar, que son hoy los que baten el *record* á todos los de las dos provincias extremeñas, dieron un vaqueo hace unos días, y vieron, sin poderlos tirar, dos venados y cinco ciervos.

Dieron una mancha que estaba plagada de jabalíes; pero como el calor sofocante impedía hacer á aquellos famosísimos perros todo lo que saben, quedó casi toda la caza en la mancha; salió una jabalina que pagó con la vida su imprudencia.

Por la tarde, cuando el calor había cedido, volvieron á ella, y entonces los perros demostraron su maestría acosando por todas partes á los jabalíes; pero faltaron algunos cazadores, y hallando un lado de la mancha descubierto, escaparon por allí. Fué una lástima que cacería tan bonita se desgraciase de esa manera.

Hablar hoy aquí de caza menor, pudiérase evitar decir en dónde se caza, pues todo el mundo sospechará que es en Don Tello.

De Badajoz vinieron á ésta invitados los señores Romera, Torrado y los hermanos Durán. Nos sumamos á ellos los tres Pachecos, Macías el Fidelísimo y otros que en este momento no recuerdo.

Se cazó muy mal, pero muy mal, y se apuntó peor; y sin embargo nos apoderamos de ochenta piezas.

Lo más notable de esta expedición fué una bonita carambola de dos liebres que hizo don Carlos Pacheco.

Pocos días después vinieron también de Badajoz el coronel D. Fernando Gobantes, el comandante Sr. Corbalán y el Sr. Barrio.

Cazamos bastante bien, y se apuntó regular.

D. Carlos repitió otra carambola de dos liebres.

D. Antonio sembró el terror y la muerte con su trabuco calibre 10.

El número de piezas cobradas en Don Tello desde hace cuatro meses que lo tienen por su cuenta D. Alfonso y D. Carlos Pacheco, es: cuatro zorras, 105 liebres, 460 conejos y 48 perdices. Total. 617 piezas.

En vista de esto, y en previsión de que las crías no sean muy abundantes en el año próximo, los dueños de la caza han decidido echar la llave con tres vueltas al coto. Y creo que hacen muy bien.

LUPUS.



### Muerto el perro se acabó la rabia.



EN un salón de uno de los hoteles más suntuosos de la gran ciudad de Boston, capital del Estado de Massachusetts, y durante una fría noche del invierno de 1875, encontrábanse cuatro personas sentadas al rededor de una magnífica chimenea francesa, bien alimentada por diferentes trozos de resinoso sa madera.

Uno de los personajes de esta verídica relación, era el dueño de la casa Mr. C. Dikee.

Era alto y bastante bien formado; pero todo el conjunto de este individuo, que contaría unos treinta y cinco años de edad, demostraba una importancia inmotivada y una envidia invencible contra todo lo que fuera más bello ó de más talento que él.

El que sostenía la conversación con Mr. Dikee tendría unos cincuenta y cinco años. Tal vez fuera simpático cuando la frescura de los pocos años endulzaran las líneas duras y huesosas de su rostro; pero á su edad, y sobre todo á causa de su extremada delgadez, su fisonomía no conservaba ninguna huella de bondad ó nobleza.

Una nariz corva, unos labios delgados, una barba puntiaguda y unos ojillos grises llenos de malicia, le daban un carácter marcado de altanería y de maldad.

Este individuo era el archimillonario Mr. Talls, hijo del célebre agitador anglo-americano monsieur J. Talls Olnay, que tanto se distinguió en 1812 en la tentativa hecha para obtener la independencia del Texas y que fracasó por la completa victoria ganada por el ejército español sobre los insurrectos.

Haremos merced á nuestros lectores del retrato de los otros dos contertulios, puesto que su intervención en este relato ha de ser insignificante.

Mr. Dikee y Mr. Talls eran dos *yankees* de buena cepa. Dueños de muchos millones de dólares y mayor cantidad de caprichos y excentricidades, hacían honor á la clase y prestaban á diario á los insaciables gacetilleros materia variada y sustanciosa para confeccionar en el periódico algún sueltcito que constituyera la *great attraction* del público.

La afición favorita de estos dos colosos del dinero eran los caballos y los perros, siendo estos últimos en la ocasión á que hacemos referen-



cia, los que embargaban por completo el ánimo de los dos *yankees*.

Para que nuestros lectores formen idea completa de la cuestión que se debatía, y que en unión de unas botellas de Rhum ponían fuera de tino á los dos contendientes, relataremos con la brevedad posible lo que ellos en dos horas de borrascosa sesión explicaban á sus otros dos comensales.

El año anterior, MM. Dikey y Talls realizaron una excursión á la Arabia con el único objeto de adquirir cada uno una pareja de lebreles, macho y hembra.

Mr. Talls, que nunca encontraba ocasión de desprenderse de un dollars para hacer una obra de caridad, gastaba en cambio y con la mayor frescura, treinta ó cuarenta mil francos en la adquisición de un caballo de carrera.

Un día que de sobremesa hablaban con varios amigos de las diferentes razas de perros, de sus cualidades y hermosura, uno de ellos les manifestó que ninguno de los perros de sus jaurías podía compararse en inteligencia y gallardía al lebel de Arabia.

Oir esto Mr. Talls y contestar en seguida con la flemma que caracteriza á todos los de su raza, y con la autoridad que presta siempre la posesión de unos cuantos millones:—Dentro de seis meses cazaremos con lebreles de Arabia.

Ni Mr. Talls dijo más, ni sus comensales demostraron la menor extrañeza por afirmación tan soberana.

Unicamente Mr. Dikey añadió con la misma flemma que su contrincante:

—¿Cuándo partimos?

—Mañana por la mañana,—respondió imperturbable Mr. Talls, y con la misma naturalidad que el que se dispone á dar un paseo.

Y, en efecto, al día siguiente y hora de las diez de la mañana, los dos excéntricos abandonaban el continente americano en busca de una pareja de lebreles de Arabia que satisficiera, más que á sus aficiones cinegéticas, á su estúpida vanidad de millonarios.

Excusamos decir que, dada la posición de los dos *yankees*, el viaje lo realizaron con prontitud y comodidad.

Llegados que fueron al lugar de sus afanes, tomaron informes de algunos indígenas que, mediante una buena recompensa, se brindaron á acompañarlos y servirles de guía.

Por estós naturales supieron que en Tell los lebreles más afamados allí son los de las tribus de *Hamiane Oulad-sidi-chikh* y *Oulad-nail*.

Allá se dirigieron en numerosa caravana, compuesta de ocho criados y diez indígenas, habilitados éstos de otros tantos camellos que conducían, á más de las provisiones de boca, los artefactos de inmediato uso de los expedicionarios, las armas, municiones y tiendas de campaña.

En la tribu de *Hamiane*, que fué la primera y única que visitaron, enterados que fueron de la pretensión de los expedicionarios, hicieron todo lo posible por demostrarles su disgusto y hasta dejaron traslucir alguna amenaza.

En Arabia el perro no es para el hombre sino un ser importuno y despreciable, cualquiera que

sea la utilidad que pueda proporcionarle, bien guardando las cabañas ó los ganados. Solo el lebel se grangea el aprecio, la consideración y el cariño de su amo; considérase el árabe como inseparable compañero en sus expediciones, lo mismo el rico que el pobre, siendo para el último hasta un buen proveedor que le sustenta.

Por esto no se le escasean los más solícitos cuidados, y se vigila el cruzamiento con las mismas precauciones que el de los caballos. Hay hombre en Arabia que recorre treinta y cuarenta millas á fin de aparear una hembra con un renombrado lebel.

Para dar á nuestros lectores una idea de la consideración que á los ojos de aquellas gentes merece este perro, baste decir que acompaña á su amo á las visitas, en las cuales recibe como el hospitalidad y le dán su parte en cada manjar.

Un lebel de pura sangre no caza nunca sino con su amo; y por su limpieza, respeto y movimientos graciosos, puede comprenderse que sabe reconocer la consideración que le dispensan.

La muerte del lebel es un duelo para toda la familia; deudos y amigos, mujeres y niños le lloran como á un pariente ó amigo, porque él era quien alimentaba á todos; y á esto se debe que no se quiera nunca vender el lebel de la familia, si bien se accede alguna vez á las súplicas de las mujeres, de los parientes ó de los jefes venerados.

Puede comprender el lector, dadas todas estas circunstancias, cuántos y costosos no serían los esfuerzos de los expedicionarios para en primer término obtener hospitalidad, y después entrar en negociaciones de compra.

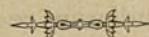
Pasaron muchos días é hicieron muchos ofrecimientos antes de ponerse en tratos con el dueño del perro que había de hacer el número uno del lote de cuatro que querían adquirir.

Se fijaron primero en uno color leonado y alto de talla; de hocico muy afilado, frente ancha, orejas cortas, el cuello abultado y carnoso, los músculos del cuarto trasero muy pronunciados; el vientre se hallaba reducido á la más mínima expresión; el jarrete tocaba casi al suelo y la cara plantar poco desarrollada y enjuta. En una palabra, el perro *Saidak*, como le llamaban en la tribu, era una notabilidad en su clase.

El nombre de *Saidak* era confirmación de otro más vulgar que en su primera edad tenía el lebel.

LEÓN VERBENA.

(Continuará).



## CAPÍTULO VIII.

De cómo el lector se irá aperciendo de que los autores de la presente historia no deben tener el juicio muy sano.

El rey Felipe tomó asiento arrellanándose cómodamente en su sillón y dispuesto á escuchar la interesante historia.

El más viejo de los Ochoas tomó la pa-



labra, empezando á narrar la vida de sus antecesores; pero con tal entonación y manera, que denunciaba enseguida ser una persona cuyo juicio no estaba firme. Las continuas interrupciones del hijo y del nieto hicieron comprender al rey que se encontraba ante tres locos rematados, y hasta tenía sus sospechas si de tres aficionados á las bebidas alcohólicas.

Imposible el decir más disparates, ni coordinar de peor manera las ideas.

El rey comprendió que no sería respetuoso el dejarlos con la palabra en la boca, y bien por cortesía ó bien por respeto á aquella célebre familia, se dispuso á escuchar. Se colocó aún más cómodamente en el sillón, y desapercibido hubiera pasado, si dos imprudentes y sonoros ronquidos no hubieran denunciado al mundo que S. M. Felipe IV dormía como un bendito.

El fragor del más pavoroso é inesperado estallido de la más terrible é imponente tempestad, en la que los elementos desencadenados se desbordan de golpe con toda la fuerza posible de la naturaleza; el paso de una intensa corriente eléctrica; la impresión más grande que un ser humano pueda recibir, dará pálido bosquejo del efecto que en los tres Ochoas causó el acto desatento del rey Felipe.

Hasta el anciano paralítico de treinta años, logró, como por poderosa magia, romper su quietud, y levantándose erguido y arrogante se dirigió con mesurado paso al armario donde guardaban las armas.

Su hijo y su nieto comprendieron lo terrible del pensamiento del anciano y temblaron. El rey seguía roncando.

El anciano Ochoa abrió con resolución el armario, y con decidido ademán y altivo continente y antes que pudieran evitarlo, empuñó una gran botella de vino añejo, que se bebió en menos tiempo del empleado en contarle.

Poco después y antes que sus atónitos descendientes pudieran recogerlo, caía desplomado, exclamando:

—¡Abuela Brachina, quedas vengada!

Estaba borracho.

Los otros dos Ochoas, al ver caer á su padre y abuelo, lanzaron gritos de venganza y guerra capaces de arredrar y hacer temblar á otro que no fuera un rey dormido.

Como fieras enjauladas comenzaron á dar vueltas por la habitación, hasta que poseídos de una misma idea, se arrojaron sobre

otras botellas, y entre exclamaciones de dolor, gritos de venganza, amenazas terribles y trago tras trago, dieron al traste con su estado de equilibrio, ya que el mental estaba bastante alterado.

Los dos cayeron en el duro suelo.

Pocos momentos después el rey y los dos mayores Ochoas dormían profundamente.

Solo el más joven de los viejos meditaba horrorosos planes de venganza contra aquel rey que en tan poca estima había tenido la historia de ellos.

Pasado un rato se levantó; en su siniestra sonrisa se dibujaba el fruto de un plan que debía ser horrible; una venganza que perpetuase para siempre el escarmiento de los ofensores á la raza de Espinal, era lo que había concebido.

Se levantó con cuidado, y después de cerciorarse que todos dormían, se dirigió con resuelto ademán, aun cuando dando traspiés, hacia la tosca mesa y empuñó con enérgica mano un objeto que había encima.

Lanzó una mirada despreciativa al rey y una sonrisa de triunfo helada y feroz se dibujó en sus finos labios.

Después con decidida resolución, sin titubear, como aquel que ejecuta un acto de conciencia y justicia, se acercó al rey, y levantando los brazos armados de aquel objeto, los descargó con furiosa rabia sobre la testa coronada de Felipe IV, exclamando:

—¡Recibe el castigo que merece quien á mi raza ofende, rey imbécil!

Y como si su resistencia y fuerzas físicas estuvieran pendientes solo de aquel acto, cayó como muerto sobre los cuerpos de sus antecesores.

El rey despertó al golpe que recibió en la cabeza y oyó las últimas frases del Ochoa.

Comprendió entonces que había herido la suceptibilidad y orgullo de aquella raza de nobles caballeros, que en su ceguedad motivada principalmente por el abuso de las bebidas, habían tratado de asesinarlo durante su sueño. Una ojeada le bastó para hacerse cargo que su herida no debía ser de gran cuidado.

En su ofuscación no se fijó Ochoa en el objeto que había arrojado sobre su rey; por cojer un hacha, como fué su idea, había descargado sobre la cabeza de S. M. el barrero donde los tres nobles vástagos de la casa de Espinal tenían los garbanzos en remojo.



## CAPITULO IX.

**De cómo todo tiene su fin, y no es este mundo tan fandango como algunos creen.**

Media hora después el rey abandonaba la mansión de los Ochoas, llevando la triste impresión que produce el ver degenerada en pobres beodos una raza que antes se había distinguido por su nobleza, poderío y pujanza.

Escasamente llevaría la regia comitiva un cuarto de hora de camino, cuando una humarera densa extendida por todo el valle indicaba proximidad de un incendio. En efecto, la casa de los Ochoas que poco antes habían abandonado, era en aquel momento pasto de las llamas.

Inmediatamente mandó volver grupas á su comitiva, y al todo correr de sus briosos caballos llegaron en pocos momentos al lugar de la catástrofe.

El auxilio era ya hartó tardío; las llamas envolvían por completo todo el edificio encerrándolo dentro de su terrible anillo de fuego.

Nadie ha podido explicarse el origen del incendio; se supone que alguna luz de las que quedaron encendidas prendió algún tapíz y motivó la catástrofe.

Cuando el terrible elemento devoró todo lo que devorar podía, fueron extraídos de entre los escombros los cuerpos completamente carbonizados de los tres Ochoas.

Profunda impresión produjo en todos los ánimos la vista de aquellos tres venerables ancianos, que aun después de muertos y mutilados por el fuego, conservaban un resto de la magestad y orgullo característico de aquella raza.

El rey, profundamente afectado y sin tratar de ocultar la emoción de que estaba poseído, se descubrió ante aquellos restos mortales, y con los ojos preñados en lágrimas, exclamó:

—¡Adiós, nobles Ochoas! ¡Adiós hasta la otra vida, raza caballeresca y grande! La corona de Castilla y Aragón pierde con vuestra muerte las más preciadas perlas que le adornaban. ¡Dios os acoja en su seno como yo acojo vuestro eterno recuerdo en mi corazón! ¡Descansad en paz, dignos Espinales!

Y arrodillándose oró largo rato.

Poco después emprendía de nuevo la marcha, y conversando con los de su real comitiva, le expresaba el sentimiento que tenía por la desaparición completa de tan privilegiada raza.

—Señor,—dijo uno de sus gentiles hombres,—permítame V. M. que le diga que la digna extirpe de los Ochoas no ha concluido en estos venerables ancianos.

—¡Cómo!,—exclamó el rey con alegría,—¿quedan descendientes de los nobilísimos señores de Espinal?

—Sí, señor, quedan dos nietos del que atentó contra la vida de V. M.: una hembra y un varón.

—¿Y dónde están?,—dijo el rey,—quiero que me los presenten, quiero colmarlos de honores y riquezas, nombrar al varón mi montero mayor, y en una palabra, premiar en esos últimos vástagos de tan noble extirpe la adhesión que su casa ha tenido siempre á su rey. Decíd, pues, dónde están en la actualidad el heredero de Espinal y su hermana.

—Está el varón, señor, en Alcalá de Henares.

—¿Pertenece acaso á alguno de mis tercios?,—dijo S. M. dispuesto á nombrarlo capitán de uno de ellos.

—No, señor, está allí estudiando para boticario.

—¡Todo sea por Dios!,—dijo el rey desilusionado.—¿Y ella en qué castillo está?

—No tiene castillo, señor.

—Pero será dama principal. ¿Cómo se llama?

—Brachina de Espinal, y está en Madrid sirviendo en la posada del Peine.

\*  
\* \*

Al llegar á este punto, llamándome la atención tantos disparates, levanté la vista del manuscrito y me encontré con el sabio fraile que me lo había entregado que estaba dando saltos y haciéndome muecas.

Aquel hombre estaba loco.

El manuscrito era falso, y yo en mi deseo de esclarecer todo lo relacionado con esta historia, me había hecho la ilusión de haber llegado al completo esclarecimiento de los hechos.

Mi decepción al ver que había sido objeto de una burla fué grande. No pude contenerme, y tirándole con el falso manuscrito á la cabeza, le dije:

—¡Anda al demonio, mal fraile; viejo lo-



co, que has estado á punto de desorientar á los esclarecidos autores de esta verídica historia!

El pobre fraile se retiró mohino con los dos pulgares metidos en las narices.

## Segunda parte.

### CAPITULO I.

De cómo el autor tratará de cojer otra vez el hilo

de la historia.

Han transcurrido muchos años; siglos enteros.

Al dar comienzo á esta segunda parte, estamos en la noche del 20 de Enero del año de gracia de 1894.

¡Cómo corre el tiempo!

El viento lanzaba sus roncas ráfagas, arrollando ante sí las tempestuosas nubes. Algunas gotas de lluvia azotaban las hojas de los árboles.

La tempestad avanzaba siniestra y lentamente formada por una nube negra, de cuyo seno brotaban á intervalos torbos relámpagos.

Un hombre que caminaba con rápido paso siguiendo la misma dirección de aquella bóveda plomiza, llegó á lo alto de un cerro y se detuvo un momento. A la luz de un relámpago se veía que iba envuelto en un largo capote ó impermeable, y cubierta su cabeza con un sombrero de anchas alas que dejaba solo entrever una larga barba plateada y dos ojos que brillaban en la obscuridad como dos carbones encendidos. Por entre los pliegues del abrigo se veía asomar los dos cañones de una escopeta.

Su aspecto era de cazador.

Un perro le acompañaba.

Un perro negro, grande, de orejas puntiagudas; un perro que no ladraba, que no corría y que se detuvo al pararse su amo.

La nube negra que habían dejado atrás les alcanzó. Un estrecho valle se extendía al pie del cerro; más allá se alzaba otro cerro.

Este no había sido aún invadido por la tempestad. Sobre él se destacaba un cielo rojizo que vagamente dibujaba los últimos resplandores del crepúsculo.

La silueta negra de una casa se dibujaba sobre la segunda colina. Un rayo de luz se escapaba por una de sus ventanas. Una luz sola, que no se movía, que no corría agitada y loca de una ventana á otra, que no lanzaba súbitos destellos, sino que inmóvil, tétrica, se eclipsaba á veces para reaparecer de nuevo en la obscuridad, pero sin producir un resplandor más vivo que otro.

Esta luz era el objeto de atención de nuestro misterioso personaje.

Un pastor que subía la vertiente del cerro conduciendo su rebaño al redil, llegó á pasar cerca de él.

Vió al hombre, vió al perro, y se apartó bruscamente de su camino haciendo la señal de la cruz.

Nuestro misterioso personaje se encojió de hombros al ver el acto del pastor, y tomando ladera abajo se encaminó seguido del perro hacia la casa.

En aquel momento el viento zumbaba con más fuerza, la lluvia caía á grandes goterones y los relámpagos y truenos se sucedían casi sin intervalo. En medio de la bataola de los elementos desenca-

BARTOLOMÉ P. GUTIÉRREZ.

### Sección de noticias.

Según dicen algunos periódicos, hay dadas órdenes para que desde el mes de Octubre próximo se exijan con gran rigor las licencias de uso de armas ó de caza.

Ya pueden aquellos de nuestros compañeros que no tengan relaciones con algún político de los que hoy mangonean, ir preparando las 30 pesetejas consabidas.

Los pescadores con red siguen como de costumbre campando por su cuenta.

Desde hace unos días, una partida de ellos está barriendo los mejores charcos del Guadiana, entre Talavera y Lobón.

Que es lo mismo que se está haciendo en todas partes.

¿Y para éstos no habrá rigor desde el mes de Octubre?

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.